

El esplendor de la lengua castellana

LA hermosa lengua de Cervantes ha sido hasta hace poco algo así como la Cenicienta entre las lenguas vivas, y a pesar de su riqueza incomparable y de su grandiosidad ha sido mirada en menos, aun entre sus hermanas neo-latinas. ¿A qué se ha debido este fenómeno? El conde de Algarotti lo atribuía a la misma facilidad que para un italiano tiene esta lengua de Castilla, facilidad que era causa precisa de que los italianos no la hablasen ni la aprendiesen nunca debidamente.

Pero afortunadamente, de un tiempo a esta parte, se ha producido una saludable reacción y hoy tanto en los países latinos como en los anglosajones se nota una tendencia marcada a dar a nuestra hermosa lengua la importancia que en sí tiene, y a tratarla con un poco más de respeto.

Naturalmente abundan en este caso razones de interés y sería superfluo hacer hincapié en la necesidad que hoy existe de conocer el castellano, dado el desarrollo que comercial e intelectualmente está adquiriendo España y los lazos de ésta con las repúblicas americanas, lazos etnográficos que la emigración va haciendo cada vez más estrechos, porque es obvio que los que tienen el propósito de emigrar han de querer imponerse de la lengua del país de su elección, ya que la lengua es el primero y más valioso medio de penetración.

Sanvisenti decía no hace mucho en Italia que era doloroso que los gobiernos no se preocupasen de esta cuestión, estableciendo para los emigrantes de su país escuelas donde aprender la lengua de los países americanos.

Hubo un tiempo que para significar el vasto poderío de Es-

paña, señora del mundo, se decía que «el sol no se ponía en sus dominios». La frase pudo ser en la realidad material de una exactitud pasajera, pero escondía indudablemente un sentido profético profundo. La trayectoria recorrida fatalmente en la historia por el imperio español, como la recorrieron todos los grandes imperios de la tierra, la redujo poco a poco a los límites de su cuna de origen, de su primitivo hogar; pero queda siempre incólume el imperio espiritual de la lengua, que se difundió junto con aquella grandeza y aquella civilización de tal manera que podemos decir hoy con absoluta verdad que «el sol no se pone nunca en los países de habla española».

Después del inglés, es el castellano el idioma hablado por mayor número de hombres. A más de los países americanos, donde es la lengua oficial de todas las nobles repúblicas que fueron un tiempo colonias españolas—que se extienden entre el Golfo de Méjico y la Tierra del Fuego (con excepción del Brasil que habla el portugués)—, hablan el español en el Asia las islas Filipinas donde la lengua castellana ha quedado como baluarte de la civilización hispana; en el Africa, aparte de las islas Canarias, las islas de Annobón y Fernando Poo, en el Golfo de Guinea; en Australia, las islas Marianas, las Palaos y las Carolinas. En la actualidad no son menos de 100 millones los que en diversas zonas y países hablan la lengua castellana: 20 millones en la península ibérica y el resto entre América y las islas Filipinas.

Todo esto sin contar con que a través del Africa septentrional y en los Estados meridionales de la Confederación norteamericana subsiste aún el español aunque bastardeado con el francés y el inglés; y sin tener en cuenta que desde Marruecos a Egipto, el Asia Menor, Rodas, los Balcanes, Grecia y especialmente Salónica, los descendientes de los hebreos que fueron expulsados de España en tiempo de la Inquisición, hablan el *sefardi* o judeo-español, especie de castellano arcaico y extraño.

A pesar de todas las diferencias producidas, y que se siguen produciendo aún, en el idioma de los diversos Estados del Cen-

tro y del Sur de América, diferencias entre sí con relación al castellano que se habla en España, ya en la pronunciación, ya en el uso de los vocablos, en las frases y giros, casi lo mismo que sucede entre las provincias de un mismo país, se puede sin embargo afirmar que la lengua española ha conservado y conservará inmaculada desde Méjico a Chile su propia pureza, como han conservado pura la lengua de Shakespeare los americanos del Norte.

Es sencillamente admirable que al cabo de cuatro siglos de la conquista, después de más de un siglo de la independencia de las Colonias, después de una colonización que, a diferencia de la inglesa, ha permitido subsistir las razas indígenas, después de una historia tan atormentada, después de tan numerosas inmigraciones como han llegado de los más diversos países de la tierra donde se hablan los más diversos idiomas, la lengua castellana, tan hermosa, tan rica, tan elegante, aun siguiendo su desarrollo como un organismo viviente, se haya mantenido majestuosamente, viva y una, en esos veinte países habitados por cerca de ochenta millones de hombres de razas mixtas y bajo diferentes latitudes. Y el milagro es tanto mayor cuanto que puede decirse que los gobiernos no han hecho absolutamente nada para contribuir al mantenimiento de la unidad espiritual castellana.

Bien hizo la Real Academia Española, no sólo desde el punto de vista filológico sino también y especialmente desde el punto de vista político-social (teniendo en cuenta que el vínculo más estrecho que une hoy a los americanos con España es el de la lengua), en apreciar en su justo valor la lengua y la literatura hispano-americana, dando hospitalidad en la nueva edición de su diccionario oficial a los americanismos o voces especialmente usadas en América, que al fin de cuentas podrían llamarse provincialismos transatlánticos. De este modo, al difundir el conocimiento y el uso de esos vocablos en la vieja península, contribuye enormemente a la unidad de la lengua y favorece la mutua comprensión entre la vieja España y las jóvenes repúblicas hispano-americanas.

Por si esto fuera poco, de aplaudir es la determinación de esta misma Academia de establecer correspondencias en los diversos países americanos y miembros hay en estas Academias correspondientes de la Real Española que honran a la institución; en Chile podríamos citar como ejemplos los nombres de Crescente Errázuriz, Julio Vicuña Cifuentes, Emilio Vaïsse, etc.

Se puede con justicia asegurar que si España y el mundo que ella descubrió tienen un alma común, es en virtud de la lengua. La original y exuberante literatura que ha producido España—desde el antiguo Romancero y Don Quijote y Don Juan Tenorio a las poesías de Campoamor y el teatro de los Quinteros y Benavente—es el patrimonio intelectual de todas esas naciones en que la lengua oficial es el castellano.

Pero no se crea que los intereses comerciales y la difusión son las únicas razones por que el castellano merece ser estimado. Nadie medianamente culto puede ignorar lo magnífica que es esta lengua que Carlos V decía ser la «lengua de los dioses», magnífica por su literatura (cuyos inmensos tesoros, dice el gran escritor italiano Carlos Boselli, no pueden nunca admirarse lo bastante a través de la tradición); nadie puede ignorar que es una lengua hermosa, sonora, grandiosa, plena de dulzura y armonía y no obstante viril y pastosa, *como ninguna de las lenguas vivas*.

Por esta razón, por su valor intrínseco, porque es la lengua de más de cien millones de seres humanos, han comenzado diversas naciones a preocuparse de su conocimiento y desarrollo.

En los Estados Unidos son hoy ya ampliamente conocidas la lengua y la literatura española y se las cultiva con entusiasmo: y que los yanquis se preocupen del castellano es fácil probarlo: en uno de los últimos cursos de verano para los extranjeros, en la Universidad de Madrid, de 182 alumnos matriculados 149 eran norteamericanos. En Nueva York existe una Asociación de profesores de castellano que consta de más de 400 miembros, y que ha dado a luz cientos de publicaciones y hasta tiene una revista, órgano oficial de la Asociación, la revista *Hispania*.

En Oxford se creó hace apenas dos años una cátedra de español, con un presupuesto de 25.000 libras esterlinas, en la que se explica la lengua y literatura española del mismo modo que en las clases establecidas con el mismo fin en Londres, en Liverpool, en Cambridge y en Edimburgo.

En Francia, Inglaterra y Alemania tienen cada día más aceptación y más alumnos las clases de castellano en sus principales liceos y Universidades.

En Italia desde un tiempo a esta parte se nota también una acentuada propensión al cultivo de la lengua de Castilla.

En 1900 los Ministros de Instrucción y de Relaciones Exteriores llevaron ante el Parlamento la plausible idea de crear en los liceos, escuelas e Institutos Técnicos cátedras para la enseñanza del castellano; bien es verdad que esta idea no cuajó en grata realidad hasta el año 1923. En 1902 inauguraba el Ministerio de Instrucción en las principales Universidades italianas cátedras por oposición para la enseñanza del castellano, en las que hubo algunos profesores que alcanzaron su diploma.

En el mismo año se estableció el estudio del español en la *Real Escuela Diplomática Colonial* de Roma; en 1903 en la *Escuela de Comercio*, en Roma también, y en 1905 en los Institutos Comerciales de Florencia y de Brescia. Sucesivamente fué estableciéndose en los Institutos de Génova, de Venecia y de Bari, en la *Universidad Comercial Beconi* de Milán, en la *Escuela de Lenguas Orientales*, de Nápoles, y en la *Academia de Ciencias y Letras*, de Milán.

Hoy se enseña la lengua de Cervantes en casi todos los centros de enseñanza privada de Italia como en el *Círculo Filológico*, de Milán, y en sus congéneres de Turín, Florencia y Venecia, etc.

Ultimamente las cátedras de español creadas por el Ministro Gentile fueron más de 70, y a pesar de eso hay escritores tan renombrados como Boselli que declaran que esto es todavía insuficiente y que es preciso que el castellano se enseñe en todas las escuelas públicas y establecimientos de enseñanza.

Asísimos, como se ve, a un resurgimiento de la insuperable lengua castellana, esa lengua en que los descubridores y conquistadores de América enseñaron a sus naturales a adorar al verdadero Dios, esa lengua que ha traído con la grandiosidad y armonía de sus palabras y sus períodos la civilización y la cultura a un continente, que es hoy orgullo de la Humanidad.

✓ RAMÓN MONDRÍA.